

EL CASTELLANO

(CON CENSURA ECLESIASTICA)

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

SUSCRIPCIÓN

Año I.

TENDILLAS, 21

TOLEDO 17 DE SEPTIEMBRE DE 1904

Semestre... 150 Años... 275
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 35.

ANUNCIOS ECONÓMICOS

PAGO ADELANTADO

Peregrinación á la Virgen del Prado de Talavera de la Reina.

Una prueba más.

Una vez más acaba de probar el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, hasta dónde llega con sus triunfos una voluntad perseverante y una constancia firme, sin vacilaciones, que una y otra cosa demuestran la fe que guía las acciones del Purpurado de Toledo y la caridad inagotable con que sabe llevar á cabo y finalizar todas sus empresas.

Durante el año actual, *Quincuagésimo de la Definición dogmática de la Concepción Inmaculada*, en el cual se han concedido inmensas gracias espirituales, con las que el Romano Pontífice nos anima á conmemorar la definición de un dogma tan simpático y hermoso, se han preparado en la histórica ciudad de los Concilios fiestas solemnísimas, conmemorativas de tan fausto suceso, y en su honor y gloria se han preparado certámenes y peregrinaciones, y han tenido lugar Misas pontificales y funciones religiosas.

Pero la celebrada el día 11 en Talavera de la Reina; la que ha reunido en esta antigua ciudad á centenares de peregrinos que de muchas leguas en contorno se han convalidado para rendir pleito homenaje y testimonio de adoración á la Virgen Santísima del Prado, que ha hecho postrarse ante sus aras al Ilmo. Sr. Obispo Auxiliar, respetables miembros del Cabildo toledano, del Cabildo de Párrocos de Toledo, Clero de esta misma ciudad, representantes de sus muchas Asociaciones religiosas, tanto de señoras como de varones, y llenar, por último, de inmenso júbilo á todas las almas; como este testimonio de la fe, repetimos, dado el día 11 en Talavera, se contarán pocos, y estoy por decir que puede hacer época en la antiquísima historia de devoción inmensa con que cuenta la peregrina Imagen, la Patrona excelsa de los talaveranos.

Y todo esto obra es de la constancia y firme voluntad de nuestro Prelado, que, anhelante por dar la mayor celebridad posible á las consoladoras creencias de nuestra religión y alegría á los corazones afligidos, que en estas fiestas hallan siempre consuelo y esperanza, proyectó la Peregrinación, tan felizmente realizada, y en la que, no solamente se ha dado una vez más público testimonio de fe y adoración á María Santísima, sino que se han estrechado más íntimamente los lazos de unión entre los cristianos, se ha dado un paso más en la unidad católica y se han fundido en entrañable abrazo la vieja ciudad de los Emperadores y la adoradora y simpática de la Virgen del Prado.

En estos días de materialismo, en que tanto empeño ponen los enemigos de la Iglesia por ahogar toda clase de manifestación religiosa; en que los elementos avanzados parece que se unen en su rabia de oposición al cristianismo; cuando parece que la fe se ha de reducir á vivir solitaria en el corazón del hombre, sin que éste pueda hacer manifestación pública de las creencias que profesa, al ver resurgir el valor de los católicos, al verlos unirse con más vivas manifestaciones de entusiasmo, nuevas reverberaciones de luz marcan la égida gloriosa del catolicismo, y dando un mentís á sus perseguidores, escribe una página más, llena de gloria, en la incomparable historia de sus triunfos.

Por eso resalta más la figura del Prímado de España, del hombre incansable, á quien basta pensar una acción grande para deseársela, y deseársela para conseguirla.

La hermosa Peregrinación á Talavera de la Reina ha sido un testimonio irrecusable de que la fe se mantiene en nuestros días como en los de mayor esplendor; de que la piedad cristiana no decae ni pierde su señoría en el corazón de los hombres, y á la vez da idea de los triunfos que se alcanzarían con la unión de los católicos si éstos se unieran en todos los órdenes de la vida.

La salida.—En Bargas.

Las siete y media de la mañana del día 10 era la hora fijada para la salida de los peregrinos, y en efecto, á dicha hora comenzaron á circular por la ciudad los carruajes de diferentes clases, particulares unos y otros de alquiler, que, llenos de viajeros henchidos de alegría, fueron saliendo para la próxima estación del vecino pueblo de Bargas, al objeto de tomar el tren.

Al Emmo. Sr. Cardenal acompañaban los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispo Auxiliar y Presidente de la Audiencia de Toledo.

El Prelado se unió á los Peregrinos en Bargas, donde se tomó un ligero desayuno, que recordaba los tiempos patriarcales al ver la familiaridad y llaneza con que todos se trataban, haciéndose mutuas invitaciones y aceptando recíprocos ofrecimientos de una y otra parte, con tan buena voluntad, que unieron los corazones de los caminantes en indisoluble lazo.

La partida.

En Bargas acompañaron á la Peregrinación el Párroco, Autoridades é inmenso público, que al ver acercarse el momento de partir, prorrumpieron en vivas y aclamaciones que hicieron asomar las primeras lágrimas de la emoción á los ojos de los Peregrinos, á la par que los llenaba de alegría.

El Sr. Cardenal dió muestras de gratitud por el entusiasta recibimiento de que había sido objeto, en unión de los demás viajeros, y éstos, por su parte, contestaron con vivas estruendosos á los que en la misma forma habían recibido del católico vecindario de Bargas.

Al llegar el tren vi subir á él, entre otras muchísimas personas, á las siguientes: Excmo. Sr. Presidente de la Audiencia, diferentes Dignidades y Canónigos de la Catedral de Toledo, individuos del Venerable Cabildo de Párrocos de la misma ciudad, del Clero, de las Conferencias de San Vicente de Paul, del Montepío del Clero del Arzobispado, de la Propagación de la Fe y de diferentes Hermandades, Cofradías y Corporaciones.

Entre las señoras iban, entre otras, la Vizcondesa de Vandemurle, la Sra. Rectora y varias Colegiales del Real de Doncellas Nobles, comisiones de la Catequesis, de las Conferencias de San Vicente de Paul, del Roper de Pobres, de la Propagación de la Fe, de las Hijas de María y muchas más que sería imposible enumerar.

En Villamiel.

Al llegar á Villamiel gran número de personas esperaban el paso del tren y saludaban con sus pañuelos. En el momento de parar se cambiaron entre los que esperaban y los viajeros grandes aclamaciones de júbilo.

En primera línea vimos al Párroco, Ayuntamiento y Autoridades que subieron inmediatamente á saludar al Sr. Cardenal, continuando en la peregrinación el mencionado Párroco, el Médico D. Miguel Sáenz, el rico hacendado D. Gregorio Aguado y algunos más.

Al partir se dieron vivas al Sr. Cardenal y á la unidad católica.

En Rielves.

Esperaba el Párroco acompañado de buen número de feligreses que saludaron con entusiasmo á la peregrinación y engrosaron sus filas.

También allí se dieron vivas y apretones de manos como prueba de unión y alianza.

En Torrijos.

Invadía el andén inmensa muchedumbre, no sólo de dicho pueblo, sino de Gerindote y de Puebla de Montalban, que con sus Párrocos y Autoridades á la cabeza, recibieron á

la peregrinación con alegre repique de campanas y entusiastas vivas.

Subieron á saludar al Cardenal, además de los Párrocos, el Diputado por el distrito, y fiscal, una Comisión de Frailes Carmelitas y algunos particulares.

En Santa Olalla y Erustes.

Esperaban el paso de la peregrinación las Autoridades, Párrocos y representantes de los pueblos de Santa Olalla, Carmona, Carriches, Erustes, Mesegar y Domingo Pérez, que invadían la estación y prorrumpieron en conmovedores vivas á la Virgen del Prado y al Sr. Cardenal.

Se unieron á la peregrinación los Párrocos de los pueblos antes mentados, entre los cuales merece un recuerdo el de Carriches, por su jovialidad y lo ameno de su trato, que contribuyó no poco á hacer soportable el calor que ya comenzaba á sentirse en los coches, llenos de bote en bote.

En Cobolla y Montearagón.

Se repitió la misma escena, acudiendo los Párrocos y Autoridades de Cerralbos, Cobolla, Lucillos y Montearagón, que muchos de ellos se unen á nosotros, aumentando considerablemente las ya nutridas filas.

En Montearagón vimos formados en fila los niños de la Escuela, presididos por su digno maestro D. Braulio F. del Pino, que tremolaba la bandera española y hacía aparecer su Escuela presidida por la Santa Cruz.

A la llegada se dieron calurosos vivas que fueron contestados con entusiasmo.

En Talavera.—La llegada.—Imponente manifestación.—Entusiasta recibimiento.

El silbido de la locomotora nos anunció el fin de nuestra jornada y todas las cabezas acudieron presurosas á las ventanillas para presenciar el recibimiento.

La llegada fué hecha con toda felicidad en medio del mayor orden y sin tener que lamentar el más mínimo incidente, antes al contrario, durante todo el camino la mas franca alegría reinó entre todos haciendo insensible el calor y las molestias ajenas al viaje.

La estación presentaba un aspecto imponente. Apinada muchedumbre se estrujaba materialmente, y miles de personas, ansiosas de recibir dignamente á los peregrinos, se agolpaban al paso de éstos, haciendo imposible todo avance.

El recibimiento fué entusiasta en extremo. Las Autoridades, Corporaciones, Jefes y Oficiales de la zona, Concejales, personas beneméritas mostrando sus cruces y condecoraciones, propietarios, y, en fin, cuanto hay de garbo y rumbo en Talavera se hallaba en el andén, cumplimentando á los viajeros y dando la bienvenida á su Presidente, el Excelentísimo Sr. Cardenal.

La comitiva.—Las colgaduras.—A la Colegiata.—En el Ayuntamiento.

No sin gran trabajo logró organizarse la comitiva y ponerse en movimiento los carruajes é inmenso público que la formaban.

En elegantísimo landó, tirado por dos preciosos caballos, precedido de los maceros del Ayuntamiento y llevando á su lado al Sr. Alcalde, marchó el Sr. Cardenal, á quien, la gente saludaba con entusiasmo, devolviendo el saludo con su habitual amabilidad.

Después del coche del Sr. Cardenal seguía el del Sr. Obispo, con el cual iba el Sr. Presidente de la Audiencia y dos Concejales, marchando detrás de éste otros muchos en los cuales caminaban las Autoridades y demás personas de significación, en interminable fila.

A la entrada de la ciudad esperaba el batallón infantil con su magnífica bandera, luciendo lujoso equipo, que hizo los honores al

Sr. Cardenal con admirable instrucción militar.

La calle de San Francisco presentaba hermosísimo aspecto, todos sus balcones ostentaban lujosas colgaduras y por cima de ellas se apiñaban las cabezas para presenciar el paso de la comitiva, mientras que una porción de máquinas fotográficas reproducían la escena en instantáneas, todo lo cual se repitió hasta la Colegiata, donde se hizo alto.

Llegados á ésta el Sr. Cardenal y sus acompañantes oraron brevemente, marchando después al Ayuntamiento, donde se hizo por el Sr. Alcalde la presentación oficial de las Autoridades y personas de distinción, teniendo para todas el Sr. Cardenal palabras de amabilidad y cariño.

Terminado este acto salió el Sr. Cardenal del Ayuntamiento, apoyado en el brazo de D. Tomás Muñoz, Presidente de la Hermandad de la Virgen del Prado y llevando á su lado al Sr. Alcalde.

Inmediatamente marchó todo el acompañamiento en carruajes hasta la casa de la Sra. D.^a Eugenia del Valle, virtuosa y acaudalada señora, que ha recibido y hospedado espléndidamente en su casa al Sr. Cardenal.

Por las calles.—En el Santuario de la Virgen.

Terminada la comida nos echamos á recorrer las calles, procurando enterarnos de cuanto hubiera en ellas digno de particular mención, pero no encontramos más que monumentos antiguos, Iglesias y Conventos, abandonados muchos de ellos, derruidos otros y ocupados los más por talleres, almacenes y fabricas.

El aspecto general de la población, con sus calles angostas en su mayoría, su falta de alcantarillado y la presencia de sus ruinosos ó abandonados monumentos, me pareció el de una ciudad de antigua historia, de glorioso pasado, pero que en la actualidad se encuentra bastante decadida.

Sus fabricas de sederías han tenido que cerrarse por la imposible competencia que les hacían las de Valencia y Murcia; las de sus célebres azulejos también se han perdido; su comercio ha disminuido bastante, según nos manifestaron, y de gran parte de su grandeza sólo queda, como á nuestra querida España, un triste recuerdo.

En esto pasamos la tarde, y al terminar ésta nos dirigimos al Santuario de la Virgen del Prado, quedando agradablemente sorprendidos por la grandiosidad del edificio y pintoresco de su colocación.

Preceda al Santuario un hermoso paseo, digno de una ciudad á la moderna, y se encuentra colocado en hermosa llanura, rodeado de frondosas alamedas, cuyo susurro, unido al de las aguas del Tajo que allí llegan como blando suspiro, convidan á la oración y al recogimiento.

Al penetrar en él quedé maravillado de su hermosura. Dentro ya no se percibía la luz del día y la blanca del acetiello, derramada con profusión por innumerables focos, la hacían aparecer como iluminada por la luna en placida noche de estío.

De trecho en trecho se leían, entre coronas de laurel, los nombres de los hijos ilustres de Talavera, célebres en todas las ramas del humano saber, y colocados allí como para rendir eterno homenaje de gratitud á la inspiradora de todas sus grandezas.

En el altar mayor brillaba por su hermosura y por la riqueza de sus preseas y adornos, la Imagen de la Virgen del Prado, colocada entre millares de luces y adorada por todo un pueblo que en aquel momento se hallaba colocado á sus plantas.

El Sermón del Sr. Guerra.

Poco después ocupó la Cátedra del Espíritu Santo nuestro querido amigo el muy ilustre Sr. Guerra, Abad de Alcalá, y en bri-